

de escopeta y galgo.
Ya quiebra el albor («Otoño», I, p. 828).

*Golpe de martillo
en la negra nave,
la del galón amarillo;
y en los aros de un tonel
jocundo y panzón
para el vino nuevo
de tu corazón («Otoño», V, p. 829) (29).*

*Sobre la maleza,
las brujas de Macbeth
danzan en coro y gritan:
¡tú serás rey!
... ..
Con el sol que luce
más allá del tiempo
(¿quién ve la corona
de Macbeth sangriento?)
los encantadores
del buen caballero
bruñen los mojosos
harapos de hierro («Coplas», II, pp. 723-724).*

C) *Poesías dedicadas a Guiomar.*—Desafortunadamente, los editores de las *Obras* de Machado publicadas por Losada decidieron publicar, de las cartas de Machado a Guiomar, «únicamente aquellos pasajes de interés literario» (p. 1035). Así, cortaron una vez más las cartas ya mutiladas por Concha Espina y omitieron una referencia clara y directa de Machado al tema de la reencarnación. Volvamos al libro de Concha Espina, pues, y veremos si el pasaje omitido de veras carece de interés literario. La carta a la que me refiero empieza en la página 117 y, sin que la escritora lo indique, continúa en la página 49. Esta manera arbitraria de presentar las cartas ha causado cierta confusión, porque el fragmento de la página 49 no puede ser entendido sin el de la página 117. Cito el texto completo:

En estas ocasiones en que un obstáculo ajeno a nuestra voluntad rompe la posibilidad de comunicar contigo, mido yo, por

(29) Aurora de Albornoz ha hecho un estudio interesante de este poema. Aunque ella es de los que creen que el alma trabaja solamente «para el polvo y el viento», sus comentarios apoyan una interpretación reencarnacionista del poema. Según ella, se trata de la barca de la muerte que contiene el vino nuevo, que es un «símbolo de la vida». Ella también ha descubierto una pintura de Dionisos donde la barca negra, que está adornada de amarillo, se llena milagrosamente de uvas; como ella lo describe: «Las uvas rezumantes de vida nueva, nacen de la nave negra»; véase Aurora de Albornoz, «El olvidado 'Otoño' de Machado», «Insula», XVII, 85, p. 13.

la tristeza y la soledad de mi alma, toda la hondura de mi cariño hacia ti. ¡Qué raíces hondas ha echado! Se diría que había estado arrigando en mi corazón toda la vida. Porque esto tiene el enamorarse de una mujer, que nos parece haberla querido siempre. ¿Cómo te explicas tú eso? Yo me lo explico pensando que el amor no sólo influye en nuestro presente y en nuestro porvenir, sino que también revuelve y modifica nuestro pasado. ¿O será que, acaso, tú y yo nos hayamos querido en otra vida? Entonces, cuando nos vimos no hicimos sino recordarnos. A mí me consuela pensar esto, que es lo platónico (p. 117).

Cuando nos vimos no hicimos sino recordarnos. A mí me consuela pensar esto, que es lo platónico.

Esta teoría del recuerdo en el amor puede también explicar la angustia que va siempre unida al amor. Porque el amor verdadero —no lo que los hombres llaman así— empieza con una profunda amargura. Quien no ha llorado —sin motivo aparente— por una mujer no sabe nada de amor. Así el amante, el enamorado, recuerda a la amada, y llora por el largo olvido en que la tuvo antes de conocerla. Aunque te parezca absurdo, yo he llorado cuando tuve conciencia de mi amor hacia ti; por haberte querido toda la vida (p. 49).

En otra carta Machado exclama de nuevo: «¡Ay! Tú no sabes bien lo que es tener tan cerca a la mujer que se ha esperado toda una vida» (p. 118). Estas referencias al «largo olvido en que la tuvo antes de conocerla» y a «la mujer que se ha esperado toda una vida» se entienden fácilmente si se sabe que Machado piensa haber conocido a su amada en una previa encarnación. Así se ha de entender también el siguiente poema de las «Poesías sueltas»: «¿Qué es amor?, me preguntaba / una niña. Contesté: / 'Verte una vez y pensar / haberte visto otra vez'» (p. 822).

Pero, ¿qué es lo que dice Machado en los poemas dedicados a su amada? En la segunda «Canción a Guiomar», se encuentra la más clara expresión de las ideas contenidas en la carta. La crítica ha interpretado este poema como una fantasía, expresión del anhelo nunca satisfecho del poeta por unirse más íntimamente con su amada. Pero, ¿es que Machado imagina un porvenir inalcanzable, o expresa más bien su nostalgia por un pasado que se ha perdido? Si pensamos en la carta, parece más probable la última explicación. Así, el jardín —«En un jardín te he soñado»— sería el símbolo de una vida previa. Es «alto... sobre el río», porque es parte de la existencia de un alma inmortal, que no está afectada por el tiempo. Es el «jardín de un tiempo cerrado», porque la muerte y el olvido siempre esperan al alma, al fin de la galería de su vida en el mundo

físico. El recuerdo trae consigo la memoria de otro jardín, donde manaba la pura fuente de la vida y la sed del amor podía satisfacerse en seguida en las cercanas aguas del amor divino: «junto al agua viva y santa, / toda sed y toda fuente». Es el recuerdo de una vida que soñaron simultáneamente el poeta y Guiomar: «En ese jardín, Guiomar, / el mutuo jardín que inventan / dos corazones al par, / se fundan y complementan, / nuestras horas...» Pero al fin de esta vida, las dos almas tienen que beber de las aguas del olvido y, como el recuerdo de su origen divino, el mutuo sueño se desvanece para siempre:

... *Los racimos*

*de un sueño —juntos estamos—
en limpia copa exprimimos,
y el doble cuento olvidamos (p. 369).*

En la tercera «Canción a Guiomar» el poeta vuelve a recordar el momento cuando el alma experimenta desde cerca el amor divino: «pensaste a Amor, junto a la fuente». Aunque el tiempo de esta vida fluya como el río de Heráclito, tiene como base la permanencia divina —«¡Oh tarde viva y quieta / que opuso al *panta rhei* su nada corre...!»— en la que todas las vidas están reunidas en un estado de eterna juventud:

*Todo a esta luz de abril se transparenta;
todo en el hoy de ayer, el todavía
que en sus maduras horas
se funde en una sola melodía,
que es un coro de tardes y de auroras...*

Y es la memoria de esta permanencia divina —«Hoy es siempre todavía»— la que hace posible al poeta recordar su amor por Guiomar: «A ti, Guiomar, esta nostalgia mía» (p. 371).

El último poema que tal vez se relaciona con la carta a Guiomar es el soneto «Primaveral», de Abel Martín en el *Cancionero apócrifo*. Cobos ve en este poema un recuerdo de los fríos campos sorianos (30). Si es así, la «invisible compañera» del poeta sería su esposa Leonor. Pero si la frase «un amor intempestivo» del cuarto soneto de Abel Martín (p. 323) es una referencia al amor tardío que el poeta siente por Guiomar, parece lógico que ella sea también la mujer invisible de «Primaveral». Este soneto contiene la misma at-

(30) Pablo de A. Cobos: «Humor y pensamiento de Antonio Machado en la metafísica poética», Madrid, Insula, 1963, p. 70.

mósfera de eterna primavera de las «Canciones a Guiomar», y repite la idea del amor renovado de la carta. En este caso, el «campo frío» no sería el paisaje de Soria, sino una referencia a la vejez del poeta, cuando el amor introduce en su vida una insólita sensación de juventud: «¿Por ti se ha puesto el campo ese atavío / de joven, oh invisible compañera?» Su compañera le es «invisible», porque los dos han bebido de las aguas del olvido. Pero, si sus ojos no la reconocen, como en el poema XII, su corazón responde afirmativamente:

... *En mi mano siento*
doble latido; el corazón me grita,
que en las sienes me asorda el pensamiento:
eres tú quien florece y resucita (p. 319).

Para Zubiría, este poema se compone a base de la ecuación amor-primavera-resurrección, y del «doble latido» afirma: «Percibimos el alentar de una *doble* vida en un solo pulso, de dos existencias en una misma sangre» (31). ¿Es el latido el del poeta y el de Guiomar en esta vida, o es la señal de una existencia previa cuya relación con la vida presente está reconocida por el corazón? El último verso —«eres tú quien florece y resucita»— refuerza la última interpretación.

Se ve, en fin, que la carta a Guiomar no sólo es indispensable para el tema de la reencarnación en la obra de Machado; también ayuda a explicar su teoría del amor. Porque, aunque Guiomar le importa al poeta como mujer individual, ella resulta ser también un símbolo del amor divino. Y en su resurrección el poeta ve la promesa de que, un día, su propia alma tal vez pueda renacer en el estado original de la unión con Dios.

D) *Otras obras.*—El tema de la reencarnación aparece sólo pasajeramente en los dramas de Antonio y Manuel Machado. En *La duquesa de Benamejí*, por ejemplo, Lorenzo habla de su primer encuentro con la duquesa, y declara apasionadamente:

Yo escuché mi nombre un día
en sus labios, de manera
que en mil vidas que viviera
nunca se me olvidaría (32).

[31] Ramón de Zubiría: «La poesía de Antonio Machado», Madrid, Gredos, 1966, p. 106.

[32] «La duquesa de Benamejí», en «Obras completas de Manuel y Antonio Machado», Madrid, Plenitud, 1962, p. 606. Aunque los dramas son de los dos hermanos, algunos críticos creen que el contenido se basa principalmente en las ideas de Antonio. Véanse, por ejemplo, Carl W. Cobb, «Antonio Machado» New York, Twayne Publishers, 1971, p. 147; y Alberto Gil Novales, «Antonio Machado» (Barcelona, Fontanella, 1966), nota pp. 102-103.

En *Las adelfas*, Salvador habla del suicidio de Alberto y entonces comenta:

*Hace falta mucha ciencia
para poder descubrir
cómo se llega a morir.
A mí me falta experiencia
y vocación. Si algún día
lo averiguo, volveré
para explicárselo a usted... (33).*

No debe sorprendernos que Juan de Mairena toque de vez en cuando en la idea de la reencarnación. En un ensayo sobre el futuro de España, Mairena parece indicar que la nación entera puede renacer:

Si algún día España tuviera que jugarse la última carta... no la pondría en manos de los llamados optimistas, sino en manos de los desesperados por el mero hecho de haber nacido... Los otros la perderían sin jugarla, indefectiblemente, para salvar sus míseros pellejos. Habrían perdido la última carta de su baraja y no tendrían carta alguna que jugar en la nueva baraja que apareciese, más tarde, en manos del destino (pp. 635-636).

¿Qué puede ser la «nueva baraja» sino la vida nueva? Y la idea de la carta que hay que jugar para tener otra oportunidad de jugar en el futuro, nos recuerda también la ley del karma. Porque esa ley cósmica no solamente significa castigo para los errores; también significa *acción*. Los reencarnacionistas piensan que, en la nueva vida, se tendrá solamente lo que se gana en ésta; son las acciones de hoy las que determinan los sufrimientos, y también las ganancias, en las vidas que siguen. Por eso, si el alma no se aventura ahora, le será aún más difícil, en una vida futura, seguir adelante en el camino de su vuelta a Dios.

Ultimamente, Juan de Mairena discurre sobre la muerte en la tertulia de un café provinciano y, como si quisiera inquietar el espíritu perezoso de un amigo tradicionalista, declara enfáticamente:

Es inútil... que busque usted a Felipe II en su panteón de El Escorial, porque es allí donde no queda de él absolutamente nada. Ese culto a los muertos me repugna. El *ayer* hay que buscarlo en el *hoy*... Felipe II no ha muerto, amigo mío. ¡¡¡Felipe II soy yo!!! ¿No me había usted conocido? (p. 499).

(33) «Las adelfas», en «Obras completas de Manuel y Antonio Machado», p. 429.

No cabe duda de que ésta es, en parte, una broma. Pero, ¿cuál es la broma y cuál la verdadera intención del autor, porque es obvio que parte de esto Machado lo dice con toda seriedad? Tal vez trata de engañar con la verdad, o mejor, tal vez trata de disfrazar su verdadera intención con una exageración burlesca. Pero si es cierto que Machado cree en la reencarnación —alguien dirá—, ¿por qué esconde su creencia con una broma? El mismo Machado contesta en seguida:

Esta anécdota, que apunta uno de los discípulos de Mairena, explica la fama de loco y de espiritista que acompañó al maestro en los últimos años de su vida (p. 499).

¿También tuvo Machado «fama de loco y de espiritista» en los últimos años de su vida? La tendría, seguramente, si hablara abiertamente de las ideas que yo he tratado de señalar en el estudio presente (34).

VI. CONCLUSIONES

Por vía de conclusión, pienso analizar un último poema de Machado, el que me dará la oportunidad de resumir, y aun de aclarar un poco más, las ideas que he examinado hasta este punto. Me refiero a «Profesión de fe», poema que, a pesar de su título, algunos escritores han tomado como indicio de una falta de fe, de parte de su autor. El poema presenta ciertas dificultades, pero éstas se aclaran mucho si se ven a la luz de los conceptos presentados en el trabajo presente:

*Dios no es el mar, está en el mar; riela
como luna en el agua, o aparece
como una blanca vela;
en el mar se despierta o se adormece.
Creó la mar, y nace*

[34] En su artículo sobre los documentos inéditos de Machado, Vega Díaz declara que Azorín no los había publicado antes a causa de la actitud negativa que Machado muestra hacia los franceses. Pero Azorín indica que hay otros secretos que estos documentos no revelan; Vega Díaz cita sus palabras: «La historia debe ser verídica. Todo lo que contribuya a falsearla es delito intelectual. Hoy, entre nosotros, la historia está siendo falseada. Algún día habrá que rectificar muchas ideas, muchos conceptos»; op. cit., p. 57. No hay el menor indicio de que Azorín hablara de la creencia de Machado en la reencarnación, y es probable que no se refiera a esto. Pero yo, por lo menos, encuentro muy curioso que todo esto lo diga el autor de «Doña Inés», obra que se basa no solamente en la teoría del eterno retorno, sino en la que la protagonista se presenta como la reencarnación de una antepasada que se había muerto hace varios siglos (véase cap. 37). ¿Sería posible que Machado y Azorín hubieran hablado alguna vez sobre sus creencias personales?

*de la mar cual la nube y la tormenta;
 es el Criador y la criatura lo hace;
 su aliento es alma, y por el alma alienta
 Yo he de hacerte, mi Dios, cual tú me hiciste
 y para darte el alma que me diste
 en mí te he de crear. Que el puro río
 de caridad, que fluye eternamente,
 fluya en mi corazón. ¡Seca, Dios mío,
 de una fe sin amor la turbia fuente!* (CXXXVII, v, pp. 226-227).

El mar, en la poesía de Machado, representa el enigma, el velo que esconde nuestro origen y nuestro fin —«de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos»—. Dios no es enigma, pero se nos aparece así —«en el mar»—; aparece como un reflejo de la realidad absoluta, o como una lejana pureza inalcanzable. Dios tiene dos modos de ser: actual —«se despierta»—, y potencial —«se adormece»—; o como lo dirá más tarde Abel Martín, al hablar de la sustancia divina: «unitaria y mudable, quieta y activa» (p. 317). Creó la nada —«Creó la mar»— al crear el pensamiento humano. Sale de la nada —«nace de la mar»— cuando la conciencia integral vuelve a tocar las vivas aguas del ser. Cada alma es la emanación de Dios —«su aliento es alma»— y, porque es parte de la sustancia divina, Dios quiere recobrarla —«por el alma alienta»—. La idea de que el hombre crea a Dios —«yo he de hacerte, mi Dios»— ha llevado a algunos críticos a interpretar el poema como una negación de la fe; para ellos, si Dios depende de la creación humana, no existe fuera de nuestra imaginación. Pero puede ser otra cosa; puede ser que Machado se refiera al concepto de perfeccionar el alma, porque perfeccionar el alma es hacerse Dios, es hacerse como Dios nos hizo originalmente —«cual tú me hiciste»—. Y, si Dios le ayuda al poeta a purificar las turbias aguas de su vida imperfecta, podrá sentir otra vez en su corazón la eterna corriente del amor divino. Esta es la meta hacia la que Machado se esfuerza y la que espera alcanzar en esta vida, o en otra.

¿Qué es, en fin, lo que se ha logrado con este largo estudio de la obra de Machado? Pues bien, aunque creo haber demostrado que el pensamiento oriental ha sido muy importante para la formación de la filosofía de Machado, todavía falta el estudio completo de este aspecto de su obra. Y, aunque creo haber demostrado que Machado es más optimista —con respecto a su fe en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma— de lo que algunos escritores han sostenido, tengo que admitir que muchas de mis observaciones en cuanto al tema de la reencarnación no son pruebas sino conjeturas. Pero yo he dado el primer paso en una nueva dirección, y tal vez produ-

cirá otros descubrimientos. Tal vez se descubrirá, algún día, otro cuaderno u otra carta, donde Machado diga claramente: «Yo creo en la reencarnación de las almas y esta creencia ha influido en mi obra desde el principio.» O tal vez no se descubrirá nada y tendremos que contentarnos con lo que tenemos, que no es poco. Porque lo que tenemos es toda una filosofía, ecléctica y universal, que combina lo occidental y lo oriental, lo moderno y lo antiguo. La suya ha sido una de las primeras voces, después del materialismo de la centuria pasada, en alentarnos hacia una «realidad espiritual» en la que ya no tendrá «fama de loco y espiritista» el que expresa su fe en la inmortalidad del alma y en su purificación final.

ARMAND F. BAKER

State University of New York at Albany
ALBANY, New York (USA)